

## ESTO NO TIENE NOMBRE

JUAN A. NUÑO

Instituto de Investigaciones Filosóficas,  
Universidad Central de Venezuela

### *Kripke no tiene nombre*

El de Kripke es el último (por ahora) y más persistente ataque contra cualquier tesis reduccionista de nombres a descripciones y de éstas a funciones y de éstas a fórmulas proposicionales.

El modelo reduccionista atacado es el de Russell-Quine que, en síntesis, propone una interpretación (segunda, tercera, *n*-lectura) del mecanismo referencial a partir del término primitivo de 'abreviatura' (= símbolo incompleto). Así, los nombres son abreviaturas de descripciones; las descripciones son instancias de funciones proposicionales, tras las cuales siempre se encuentra el esquema formal, ' $f(x)$ '. La consecuencia lógica de semejante esfuerzo reduccionista no es tanto la sustitución de nombres por descripciones cuanto la eliminación del concepto 'nombre', en tanto mecanismo referencial directo, y su remplazo por una cadena convencional de 'pronombres'. El nombre está en lugar (= *pro*-) de la descripción, que está en lugar de la función, que está en lugar de la fórmula. Al final de la cadena, sólo quedan variables como máxima expresión denotativa. Esta consecuencia lógica posee la doble vertiente sistémica y extrasistémica: sintáctica y semántica. En efecto, el reduccionismo opera como un recurso de derivación (deductivismo) de los signos: de los nombres se pasa necesariamente a las variables por la cadena pronominal. Al mismo tiempo, confirma el reduccionismo el carácter referencial de toda palabra. En el nivel semántico, los nombres sirven de sustituto lingüístico de las "cosas" (hablando imprecisamente), de

los *designata* (en terminología cautelosa). Están, por consiguiente, en lugar de las cosas y bastará con recordar las divertidas exageraciones de aquellos académicos de Lagado, en la isla de eufónico nombre, para entenderlo así por vía de la caricatura. Entonces, lo que hace la teoría reduccionista es continuar hasta el límite la tarea sustitutiva o pronominal de todo lenguaje. Los diversos recursos designativos de que constan los lenguajes se resuelven en una cadena de remplazos que, reducida a su mínima expresión, muestra el esqueleto lógico de las variables. A partir de éstas, por proceso inverso, se van rellenando las referencias hasta aproximarlas al borde semántico, más allá del cual habría que poner en lugar de palabras, cosas, entidades, *designata*.

Contra las tesis reduccionistas, Kripke presenta su teoría de los designadores rígidos que impide pasar más acá de los nombres, otorgando a algunos de éstos el poder referencial total: sólo ellos pueden estar en lugar de los *designata*. Para probar la rigidez de ciertas designaciones (o lo que es lo mismo, la naturaleza irreductible de ciertos nombres), Kripke maneja un argumento básico que, expuesto de manera esquemática, y debidamente adaptado, propone distinguir tres casos de designación, por sucesivas sustituciones (obtenidas, por lo demás, por recurso a sinonimia, con todo lo que esto entraña; *cfr.* Quine):

- (1) 'El actual Presidente de Venezuela habría podido no ser el actual Presidente de Venezuela'
- (2) 'Jaime Lusinchi habría podido no ser el actual Presidente de Venezuela'
- (3) 'Jaime Lusinchi habría podido no ser Jaime Lusinchi'

Razona Kripke que si bien (1) y (2) son intuitivamente válidas (= significan), (3) en cambio es prácticamente absurda. La diferencia viene explicada porque en (3) el nombre (propio) ya designa rígidamente y toda designación es invariable (ésta es la "rigidez"). Mientras que (1) + (2) construyen situaciones hipotéticas (modalidad de posibilidad), (3) designa una situación real, inmodificable.

Puede esbozarse una primera crítica. Remplácese (3) por (4): 'El portador del nombre "Jaime Lusinchi" hubiera podido no ser el portador del nombre "Jaime Lusinchi" '. Con ello desaparece el supuesto mundo real y reaparece otra modalidad hipotética, desde el momento en que 'portador del nombre "X" ' es otra designación (descriptiva) de 'poseedor de un documento de identidad personal (cédula, acta de nacimiento, fe de bautismo, etc.)'. Se impone un corolario: o todo 'mundo' (= situación, hipótesis, modalidad) es posible, sin privilegios para alguno de ellos, o sería necesario fundamentar ese único mundo real, esto es, explicar con qué criterios se justifica no tanto la preeminencia cuanto la existencia de ese único y diferente mundo. Dicho de otro modo: en el nivel exclusivamente lógico, todos los mundos son hipotéticos (posibles). Para que uno adquiriera el *status* extraordinario de único mundo real ("esencialidad"), será menester que la ontología acuda en auxilio de la lógica. Sin una metafísica especial no se sostiene la tesis de los designadores rígidos.

Kripke se ha adelantado a la crítica aquí esbozada (es decir, al posible remplazo de (3) por (4)) echando mano de un recurso poco elegante en lo metodológico: se ha dotado de una regla *ad hoc*, según la cual al sostener que los nombres (designadores rígidos) no son reducibles a descripciones ni caracterizables por éstas, no es posible sustituir los designadores rígidos sino por ellos mismos (principio de idempotencia, en el trasfondo). Ciertamente que de este modo asegura que en (3) 'Jaime Lusinchi' no pueda ser eliminado en tanto nombre y pasado a su caracterización en (4).

Déjese a un lado la inelegancia del recurso y obsérvese:

(a) Cuando así le conviene, Kripke no respeta la regla; si no fuera así, no podría caracterizarlos como 'designadores rígidos' o, llegados a este extremo, bien podría exigírsele a Kripke que probara que la expresión 'designador rígido' no es una descripción. Por supuesto que siempre le queda el recurso extremo de declarar no-reflexiva a la regla *ad hoc* en la que se escuda; en tal caso, la regla se aplicaría a todo nombre menos al nombre 'designador rígido' con el que se

está nombrando a los nombres que resultan terminales en su designación. Sólo que no se trata únicamente de aplicarla al propio término para el que fue urdida. La contradicción en que incurre Kripke es aún mayor, desde el momento en que operacionalmente no respeta su propia regla. Así lo prueba, por ejemplo, su argumentación contra Donnellan para rechazar la dicotomía que éste introdujera entre 'descripciones referenciales' y 'descripciones atributivas'; la rechaza no sólo por tratarse de una teoría reduccionista más (por debilitada o matizada que se presente, de Strawson a Donnellan), sino porque únicamente puede aceptar Kripke el par nombre/descripción para así asegurar al primero el *status* de irreductibilidad o rigidez referencial. De ese modo, a fin de oponerse a la dicotomía interna donnelliana, emplea Kripke el siguiente recurso probatorio por vía de ejemplo: si acaso se descubriera que Gödel hizo trampa y que en realidad no fue él quien descubrió la incompletitud de los sistemas numéricos, ello nada importaría para efectos de la designación rígida (nombre "Gödel"), pues se seguiría usando el mismo nombre para designar a quien realmente probó la incompletitud. No es difícil observar que en semejante "demostración" toda la fuerza argumentativa de Kripke se basa en el poder de remplazo del nombre "Gödel" por cuando menos tres descripciones 'referenciales': (i) 'el que hizo trampa'; (ii) 'el que probó de verdad la incompletitud de la aritmética'; (iii) 'el que usa el nombre de Gödel'.

He aquí otra muestra de que Kripke maneja, cuando le conviene, descripciones y no nombres.

Al defender la tesis de que los nombres designan rigidamente entidades del mundo natural (agua, luz, calor, etc.) con el argumento de que el mundo "real" presenta estructuras rígidas (donde puede verse, de paso, que los nombres son rígidos porque lo es el mundo real y el mundo real es tal y por tanto posee estructuras rígidas sólo porque los nombres lo son; no puede avanzar sin ayuda de recursos circulares), afirma Kripke que, mientras la expresión 'la longitud del patrón-metro que está en París' (= descripción)

no es rígida, en cambio, la expresión 'un metro' sí lo es, porque designa lo mismo en todos los mundos posibles.

Déjese para luego eso de "designar lo mismo en todos los mundos posibles" y trátase de preguntar cómo se usa la expresión 'un metro'. Bastará que alguien inquiera "¿qué es un metro?" para que se tenga que acudir a una descripción. (Es curioso que procediendo del mundo anglosajón americano, en donde el sistema métrico no es aceptado universalmente, haya acudido Kripke al ejemplo del 'metro' para caracterizar a un designador rígido. O la sociedad norteamericana sólo es otro mundo posible, no real, o si todos son reales, unos lo son más que otros (?), o si todos son posibles, 'metro' no designa rígidamente en ninguno.)

(b) La aceptación de lo que declara la regla de irreductibilidad encierra una *petitio*. En efecto, la regla declara que hay ciertos nombres privilegiados (designadores rígidos) que no pueden ser reducidos a descripciones. Pero no pueden ser reducidos a descripciones sólo porque son designadores rígidos y a su vez son designadores rígidos porque tienen la propiedad de ser irreductibles a descripciones. Solamente hay una salida a semejante circularidad: suministrar un criterio extra-lingüístico mediante el cual se sepa que realmente ciertos nombres tienen la propiedad de designar rígidamente. El criterio ha de ser extra-lingüístico, pues si fuera meramente lingüístico caería en la circularidad denunciada: no se pueden reducir porque designan rígidamente y designan rígidamente porque son irreductibles. Pero si ha de ser extra-lingüístico, reaparece con ello el recurso a una metafísica envolvente del sistema modal kripkeano. Sin una ontología especial subyacente, no tienen sentido los designadores rígidos.

Recuérdese además cómo define (¿describe?) Kripke la expresión (¿descripción?) 'designador rígido': "Un designador es rígido si designa a la misma unidad extra-lingüística en todos los mundos posibles en los que tiene un referente".

Bastará un par de cuestiones para poner de manifiesto las dificultades operativas de semejante definición:

1) ¿Cómo determinar que es la *misma* unidad extra-lingüística?

Si se responde que por el nombre, se instaure de nuevo la persistente *petitio*.

Si se responde que por recurso a descripción, desparece la anhelada "rigidez".

2) ¿Cómo se determina que es la misma *en todos los mundos posibles*?

Para lograrlo, no parece fácilmente eludible el recurso a una forma cualquiera de descripción, lo que además de volver a debilitar la rigidez, abre un *regressus in infinitum*: para saber que algo designa rígidamente se necesita caracterizar (vía descriptiva) a *todos* los mundos posibles. El precio de disponer de auténticos nombres es muy elevado: no sólo necesita Kripke una determinada ontología, sino que precisa de infinitas ontologías, tantas como mundos, que le permitan apoyar la definición de designador rígido a través de sus sucesivas caracterizaciones extra-lingüísticas.

Regrésese a la oración (3) 'Jaime Lusinchi habría podido no ser Jaime Lusinchi' que, según Kripke, es absurda porque en el mundo "real" opera el principio de identidad y así el empleo de nombres en tanto designadores rígidos viene garantizado por aplicación de dicho principio.

Pero no sería difícil imaginar (mundo posible) un contexto cualquiera en el cual deje de ser absurda (3). Por ejemplo, en una representación teatral, el actor que representa a Jaime Lusinchi hubiera podido representar a otro personaje y, entonces, "Jaime Lusinchi" habría podido no ser Jaime Lusinchi. Rememórese la comedia de Lubitsch, *To be or not to be*, en la que prácticamente cualquiera puede representar a cualquiera. O *El sueño de una noche de verano*, con un intercambio continuo de papeles. O el auto sacramental de Calderón, *El gran teatro del mundo*, basado en la visión cristiana medieval de que *en este mundo* (que no es precisamente el real para el buen cristiano platonizante) sólo repre-

sentamos el papel que en el otro nos asignaron. De donde *X* hubiera podido perfectamente no ser *X*: en el reparto, le tocó serlo por azar. O piénsese en la concepción platónica de las almas preexistentes y luego caídas. Aunque para no ir tan lejos en la busca de ejemplos, acúdase, una vez más, a Borges, inagotable filón filosófico-literario. Ya se conoce qué narra su relato *El otro*: un día, en la ribera del Charles, en Boston, Borges tiene un extraño encuentro consigo mismo mucho más joven. El viejo Borges quiere convencer al joven Borges de que él es Borges, esto es, de que ambos son Borges, es decir, de que sólo hay *un* (designador rígido) Borges, por más que separado en el tiempo y reencontrados en la ficción. ¿Cómo procede el viejo Borges para convencer a Borges joven de que él también es Borges? Le *describe* lugares, estancias, objetos, situaciones. La prolijidad de un catálogo (repasso a parte de los mundos posibles) no es, sin embargo, prueba de existencia (lo será de identidad, pero aún no de existencia), ya que, argumenta el joven Borges, pudiera ser (mundo posible) que uno de los dos esté soñando al otro o que ambos se sueñen entre sí. Y dispuesto a desconcertar al viejo, el joven Borges acude al argumento de la memoria; si realmente son uno, ¿por qué olvidó ese encuentro que tuvo de joven, junto al río Charles, y ahora se repite? No importa la respuesta evasiva del viejo; importa ver que la identidad sólo puede apoyarse en la fragilidad de la memoria. *X* es *X* porque sabe que es *X* y sabe que sigue siendo *X* siempre que su memoria se lo garantice; bastará un pequeño accidente cerebro-vascular para perder la identidad, soporte del designador rígido kripkeano. Al menos en el orden humano, el principio de identidad opera con un apoyo muy incierto: con el apoyo subjetivista de lo que por algo Russell llamara "particulares egocéntricos". Queda todavía una posibilidad más, la que para el Borges viejo arroja la clave definitiva: el joven le soñó mientras que el viejo tuvo el encuentro real con su pasado.

La moraleja de todos estos posibles ejemplos es doble. Por un lado, el principio de identidad no puede tener un alcance temporal y cultural tan completo como lo posee en el

nivel formal; por otro, la gama de posibilidades de que los nombres sean convenciones denotativas que precisan de interpretación descriptiva es prácticamente infinita. Todos son mundos posibles que borran las fronteras de una supuesta realidad y del "esencialismo" atribuido a uno solo de ellos; mediante la relativización que ofrecen los ejemplos, todos los mundos se igualan en posibilidades y, en consecuencia, ningún nombre es definitivo o designa rígidamente. Con esto, se anularía la necesidad metafísica que Kripke concede, sin justificación suficiente, a un solo mundo.

Atiéndase también al soporte ontológico que a cada instante parece reclamar la teoría semántica kripkeana para mantener su consistencia. Sin una metafísica lo suficientemente rica y explícita, el esencialismo del mundo real no puede venir garantizado únicamente por la rigidez designativa de los nombres, so pena de incurrir en circularidad probatoria. Siempre le queda a Kripke el tradicional recurso al platonismo, con todo lo que ello conlleva.

De las críticas sale la paradójica conclusión: o "Kripke" es la abreviatura de una descripción (por ejemplo: 'el estrambótico profesor de Princeton que ha formulado la teoría de los designadores rígidos') o "Kripke" aspira a ser un designador rígido. Ahora bien, aparte de que eso de 'ser un designador rígido' (o aún mejor: 'el que aspira a ser un designador rígido') ya es de suyo una descripción, sucede, como aquí se ha mostrado, que el manejo de los designadores rígidos o bien supone el manejo fundamentante y previo de una metafísica especial o bien degenera en el manejo de descripciones encubiertas o bien se agota en la circularidad de suponer que es rígido porque es nombre y viceversa. Luego: o "Kripke" *no es nombre* porque ningún nombre se basta a sí mismo referencialmente (tesis clásica reduccionista) o "Kripke" *no es nombre* porque, fuera de la realidad hiperuránica, no hay esencias, sino ocasionales descripciones de posibles situaciones.

En cualquier caso, Kripke se queda sin nombre.



### *Esto no tiene nombre*

Con Russel, vuelven a estar de moda los demostrativos. También aquí el principio es griego: para caracterizar a la "sustancia primera", la auténtica, Aristóteles exalta el *τόδε τι*, 'esto', lo que por estar a la vista, puede señalarse, mostrarse. Pero la ostensividad definicional llega, que se sepa, más lejos: hasta Cratilo, el del metafísico dedo. Entre el heracliteano recurso de sólo señalar y el reduccionismo pronominal de Russell-Quine, la filosofía se torna muda. Porque nombrar es alejarse de lo real, de lo dado, el retorno lingüístico (¿a "las cosas mismas"?), exige despojarse del vestido superfluo del lenguaje. Russell practicó el gran despojo o *strip-tease* contemporáneo y Quine luego lo llevó a sus esquemáticas consecuencias.

Por algo comienza Russell por caracterizar a las palabras 'esto', 'aquello', 'yo', 'tú', 'aquí', 'allí', 'ahora', 'luego', 'pasado', 'presente', 'futuro' como "particulares egocéntricos". La referencia, y por tanto la atribución de significado en el uso, siempre es subjetiva. En lo que Russell no hace sino ser fiel a Cratilo: sólo *mi* dedo puede establecer una relación signifiante entre mi mente y la realidad. Cuando se trata de denotar básicamente, el hablante, el usuario, el sujeto, no es sólo imprescindible, sino centro único de operaciones. Habiendo reducido la capacidad denotativa básica a los "particulares egocéntricos" (primer despojo), pasa Russell a practicar la segunda reducción, concentrando para ello derivadamente todos los "particulares egocéntricos" en uno solo: 'esto', pues prueba que los demás pueden ser definidos en términos de 'esto'. Ahí es donde retoma, sin proponérselo y con otra finalidad, contacto con Aristóteles. También en el Estagirita hay un mecanismo reductor: todas las sustancias segundas (ideas, términos generales, universales) salen de la gran y fundamentante sustancia primera, que es lo señalado, lo designado, lo indicado: el *τόδε τι*. Otra vez el dedo acusador: por algo Rafael pinta a Aristóteles en gesto de nuevo Cratilo, con el índice apuntando al empírico pavimento de la imaginaria Academia. En Russell, el paso

siguiente (tercera reducción) es aún más radical. De lo que se trata, si todo queda reducido denotativamente a 'esto', es de establecer el significado (denotación) de 'esto'. Hay que reconocerle toda suerte de vacilaciones a Russell en este punto; por momentos, prefiere leer 'esto' como un nombre propio (*In 'this is yellow', 'this' is a proper name*), pero a la hora de concretar, reduce el problema a tres posibilidades denotativas: o es un nombre o es una descripción o es un concepto general. Pues bien: ninguna de las tres. Cada una presenta suficientes dificultades como para abandonarla. De aquí surge el cuarto momento reduccionista: paso del 'esto' al 'yo'. Con lo que vuelven a complicarse las cosas. En primer lugar, porque antes se había practicado la reducción inversa: del 'yo' al 'esto' (*'I' means: 'The biography to which this belongs'*), pero también porque no es un regreso al 'yo' sin más, sino propiamente a una proposición que contiene el 'yo' (suerte de descripción), a saber: 'lo que yo noto ahora' (*what I-now notice*). De modo que el reduccionismo terminológico deriva en paráfrasis descriptiva. Aún peor: como cada proposición que contenga el par 'Yo-ahora' debe ser cambiada por otra que diga (en vez de 'yo-ahora'): 'lo que está copresente con esto', sobreviene un doble desastre argumentativo. Primero: que 'lo que yo noto ahora' (que sustituía a 'esto') se convierte en 'lo que noto que está copresente con esto'; es decir, que del reduccionismo se pasa cada vez más a la ampulosidad perifrástica. Segundo: que además de subsistir el 'yo' (enmascarado apenas tras la primera persona del verbo: 'noto'), reaparece el 'esto' ('copresente con *esto*') del que se había partido para eliminarlo del modo más egocéntrico posible, por medio del 'yo'. La conclusión de tal maraña de dificultades, idas y venidas y fracasos interdefinicionales, no puede ser más drástica y reductiva: *If our theory of 'this' is correct, it is a word which is not needed for a completed description of the world.* La consecuencia más conservadora es que 'esto' ni es nombre ni tiene nombre. Si acaso, designa esporádicamente e instantáneamente, al leal saber y entender del usuario. De tal modo que si todos los nombres se reducen a 'esto', 'esto'

no tiene nombre y tan sólo una capacidad denotativa accidental y expletiva.

Puede sostenerse entonces que la "moda" de los demostrativos es tan efímera como todas; como lo fuera, por ejemplo, la del evanescente dedo de Cratilo. Si a la brevedad referencial de 'esto' se agrega el poder corrosivo de la teoría de descripciones, se entenderá mejor la disolución operada sobre la función nominativa. Conocido es el mecanismo: por ser símbolos incompletos, las descripciones no denotan, sino que actúan en tanto predicaciones disfrazadas con piel de sujeto (falsos nombres); debidamente analizadas, mostrarán su verdadera faz predicacional. Entonces, quienes propiamente designan son las variables debidamente cuantificadas. Aquí es donde Quine prolonga a Russell: *whatever we say with the help of names can be said in a language which shuns names altogether. To be assumed as an entity is, purely and simply, to be reckoned as the value of a variable. . . Pronouns are the basic media of reference; nouns might better have been named pronouns.* También aquí se repite la paradoja denotativa cratileana: la máxima precisión (señalamiento directo, ostensivo) es la máxima imprecisión (un gesto en el aire).

En paralelo: a la máxima precisión denotativa (cuantificación de la variable) le corresponde la máxima imprecisión denotativa (la variable por definición designa cualquier cosa: a la vez, todo y nada). Sólo que la aparente fuerza de la paradoja se reduce en mucho si se recuerda otra vez que la función del lenguaje es siempre sustitutiva, vicarial, jamás consustantiva o identificante con la realidad o *designatum*. Pero ya todo esto pertenece a la más elemental teoría de signos: todo lenguaje es una abstracción que imita (jeroglífico) o reemplaza (alfabeto) lo designado. El lenguaje lógico es la culminación de una línea de desarrollo por abstracción, esto es, por alejamiento. Tan abstracto como ' $E(x)$ ' es 'vaca': el alejamiento por recurso a la abstracción sólo lo es por vía cuantitativa, no de nivel.

Por lo mismo, la tesis de Russell-Quine era inevitable en la misma tendencia depuradora. Como el lenguaje jamás de-

signa directamente (siempre el fantasma del dedo aquel, vanamente agitado), ninguno de sus términos posee el excepcional rango de ser un designador privilegiado, rígido, doblado o semi-blando. Todos están al mismo nivel de abstracción y vaciedad: frente a las "cosas", la "realidad", lo "dado", ni nombres ni predicados ni descripciones denotan específicamente unos más que otros. Lógicamente considerados, todos se reducen a un hueco, una carencia, una disponibilidad sintáctica, un espacio en blanco que debe ser rellenado por la conveniencia de la momentánea designación. Para retomar contacto con las rígidas pretensiones de Kripke, se volverá a manejar un ejemplo harto trillado: "Dios no existe".

El obligado análisis de Russell-Quien nos dice que 'Dios existe' encierra un doble engaño semántico. Ni 'Dios', en tanto nombre, designa nada ni 'existe', en tanto predicado, tiene sentido (menos, referencia). El falso nombre de 'Dios' siempre se resuelve en un análisis descriptivo ('ser infinitamente grande, perfecto, etc.') y ya se sabe qué hace Russell con las descripciones: reducirlas a funciones proposicionales que contienen el esquema 'hay un  $x$ ' y la predicación accidental ('tal que tiene esta y aquella propiedad'). Con lo cual Dios es (si es) una variable que recibe (si recibe) primero una cuantificación y luego, una predicación. Más simple: el sujeto 'Dios' pasa a ser el predicado 'ser perfecto, grande, etc.'

En perspectiva cultural, Russell restaura el uso clásico (pagano) del término '*divus*'. Para la cultura greco-latina, 'ser dios', 'ser divino' era un predicado que podía atribuirse (o no) a ciertos sujetos. De ahí que no fuera escándalo alguno proclamar '*divus*' a César, a Nerón o a un caballo o, con deferencia claramente machista y mucha más razón, '*diva*' a ciertas y bien escogidas mujeres. Cualquiera (es un decir lógico) podía ser dios o diosa: 'hay un  $x$  tal que...'. Esta fue la piedra de tranca con el rígido, monoteísta y personalista judaísmo. No es que para los judíos (y luego, relativamente, para esos sub-judíos que son los cristianos) sólo hubiera un dios, sino que para ellos sólo había una entidad

y sólo una susceptible de recibir rígidamente el nombre de 'Dios'. Por ahí transita Kripke. Antes, retórnese a 'existe'.

Para recordar otra lección lógica de Russell-Quine: 'existe' no tiene sentido como predicado ni de 'Dios' ni de 'tres' ni de 'centauro' ni de 'Pedro' ni de 'mesa' ni de nada, ya que únicamente establece reiteradamente el presupuesto inicial de toda predicación, el punto ontológico de partida, lo que hay, si lo hay. Por lo que o es una redundancia expresar que 'algo existe', pues si hay, existe, o es una falsedad predicarlo, pues si no lo hay, mal puede decirse que existe. 'Hay un  $x$  tal que' o 'No hay un  $x$  tal que'. Eso es todo.

Doble conclusión: ni 'esto' tiene nombre (no designa unívocamente, rígidamente) ni esto existe, pues nada existe, ya que a ninguna entidad puede atribuírsele la existencia como se atribuye el color o el tamaño; por el contrario, se empieza por ahí y, para ello, basta con la entidad, su posición espacio-temporal y su vacía designación bajo la cubierta de la variable lógica: ' $E(x)$ '.

*Digresión cultural: de cómo el judaísmo semántico de Kripke se encuentra situado entre el Scila de la variabilidad predicacional y el Caribdis de la rigidez referencial*

Como característica de todo pueblo primitivo, la noción semántica de la cultura judía es de naturaleza mágica: la palabra se pega a las cosas y forma una con éstas. En consecuencia, los nombres son propios de los designados y a través de aquéllos se llega a éstos por cualquier aplicación de magia simpatética. Pronunciar el nombre es alcanzar la cosa y saber el nombre es apoderarse del sujeto propietario del nombre. De ahí que la religión judía (y derivadamente, la cristiana) presenten la doble vertiente del ocultamiento del nombre (secreto, inefabilidad, maldición) y de la univocidad designativa de ciertos nombres. Dios tiene muchos nombres (*cfr.* Fray Luis de León), lo que pudiera sorprender en el contexto monoteísta y en la clave de rigidez semántica. Es un recurso para preservar el verdadero, el real, el rígido, el impronunciable. En la Biblia, a Dios se le llama diversa-

mente: 'Él', 'Eloah', 'Elohim', 'Adonai', 'Shaddai', 'Iahweh' y se le predicán multitud de atributos: incorpóreo, espiritual, eterno, inmutable, inmenso, omnisciente, fuerte, omnipotente, santo, terrible, bueno, misericordioso, salvador, redentor, juez de todo, señor, creador, uno, único, verdadero. Tras tanta pluralidad, otro vacío, similar al de las variables lógicas, ya que de hecho ninguno de los "nombres" de Dios designa realmente a semejante escondida entidad. *Deus absconditus*. Quien supiera el nombre real de Dios, moriría en el acto (o sería como Él: con una sola palabra produciría, crearía vida: el Golem). De modo que todos los "nombres" de Dios son, en el fondo, otros tantos atributos; éste es el Scila de la variabilidad: sobre el vacío teológico de la variable 'dios' gira la pléyade de predicaciones nominales y atributivas. Pero también se da la exigencia de la rigidez denotativa; si no, no tendría sentido prohibir mencionar a Dios ("No profanaréis el nombre de mi santidad", léese en *Levítico*). El Dios hebreo-cristiano es inefable, nefando, infame, tomado al pie de la letra. A la vez, no se dice el nombre de Dios (lo tiene, pero el hombre lo ignora o no debe pronunciarlo); y se dicen sus nombres sustitutos (Jehová, Adonái, Espíritu Santo, etc.). Dios es así el primer y más importante sujeto poseedor de una designación rígida; tan rígida, tan propia, tan exclusiva, tan intransferible, que para mejor marcar su rigidez se acudió al tabú semántico: no pronunciar su nombre o, de hacerlo, incurrir en la máxima blasfemia (= 'hablar en pecado'). Complementariamente, si malo es (nefando) proferir el nombre de Dios y aun invocarlo en vano, no es menos negativo carecer de nombre ('esto no tiene nombre', con valor de interjección ante lo infame) o tener que esconderlo vergonzantemente ("el amor que no osa decir su nombre" por haberlo perdido: *die namenlosen Liebe*). Patrimonio todo de una cultura mágica del nombre, de la que fue máxima expresión la Cábala. Por lo demás, no deja de ser una divertida consecuencia bíblica que la mayor grosería en lengua francesa sea "Nombre de Dios".

Así, el Dios hebreo-cristiano contiene la raíz de la desig-

nación rígida y a la vez la manifestación de la teoría de los mundos posibles, *sine qua non* aquella; en efecto, toda la amplia lista de predicaciones (nominales y atributivas) de Dios sirve para reforzar el concepto de una misma, única y esencial entidad en cualquier estado de predicación posible.

### *Moraleja*

*Kripke* sólo puede "tener" nombre si se acepta una determinada ontología que comience por postular una realidad privilegiada ("esencialismo") rodeada de posibilidades subordinadas.

*Esto* sólo puede "tener" nombre si hay un usuario que lo privilegie en y para un contexto.

*Dios* sólo puede "tener" nombre si se acepta la noción de una sociedad privilegiada ("elegida", basamento religioso del esencialismo ontológico) que respete el secreto del verdadero nombre y maneje el recurso de las predicaciones remplazantes, esto es, que sustente una doctrina rígida de la función nominal.

### REFERENCIAS

- S. Kripke, *Naming and Necessity* (Cambridge, Mass. 1980).  
B. Russell, *Logic and Knowledge; An Inquiry into Meaning and Truth*.  
W.V.O. Quine, *From a Logical Point of View; Word and Object*.